

An illustration of a man and a woman in a forest. The man, wearing a blue long-sleeved shirt and dark pants, stands with his back to the viewer, looking at a tree trunk. The woman, wearing a blue long-sleeved shirt and red pants, sits on the ground, looking towards the man. The forest has tall, thin trees with yellowish-brown bark and green foliage in the foreground.

En la intimidad del **secuestro II**

En la intimidad del **secuestro II**

Luis Alberto Castro Ascuntar
Wylliam Patricio Laiton Laiton
Marilene Cendales Ortiz
Norma Constanza Pedraza Montealegre
Diana del Pilar Braga Gómez
Exsa Lilia Hernández Hernández
Guillermo Solórzano Julio
Stefanny Pérez Carmona
Germán Alonso Hernández Hernández
Danilo Conta Marinelli
Marina Peña Rojas



© 2025 Comisión Colombiana de Juristas
Carrera 15 A Bis No. 45-37
C.P. 111311-
Bogotá, Colombia Teléfono: (571) 744 9333
Fax: (571) 743 2643
comunicaciones@coljuristas.org
www.coljuristas.org

° En la intimidad del secuestro II
ISBN: 978-628-96424-5-2
Primera edición - agosto 2025
Bogotá, Colombia

© Luis Alberto Castro Ascuntar, Wylliam Patricio Laiton Laiton, Marilene Cendales Ortiz, Norma Constanza Pedraza Montealegre, Exsa Lilia Hernández Hernández, Germán Alonso Hernández Hernández, Danilo Conta Marinelli, Stefanny Pérez Carmona, Diana del Pilar Braga Gómez, Guillermo Solórzano Julio, Marina Peña Rojas

Edición:
Sergio Eduardo Gama Torres

Acompañamiento editorial:
Ana María Rodríguez Valencia
Anghel Katherine Aldana Sierra
Laura Becerra González
Paola Sánchez Cepeda

Corrección de estilo:
Juan Guillermo Arias Marín

Diagramación:
Karen Andrea Montoya Medina

Ilustraciones:
Karen Andrea Montoya Medina
Camila Santafé Pérez

Esta publicación fue posible gracias al apoyo del Programa
de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.

*Los contenidos son responsabilidad exclusiva
de los autores y no reflejan necesariamente
la postura oficial del PNUD.*



Contenido

Presentación	7
El señor Muerte	11
Juancho y yo	12
Melancolía	18
El águila y la serpiente	21
Para mi gaviota desaparecida	22
Cómo le dices	23
A la hamaca	24
Un carcelero	28
A los años	31
A mi madre, que ya no está	33
Violencia	36
Carta de cumpleaños	41
Los lagartos de colores	42
Carta a una carta	45
Crónica inacabable	46
Jacinto, el loro	51
La isla de la soledad	52
No significarán más que un papel	54
El dilema de la zarigüeya	56
La noche se hizo oscura	59
El <i>tamaguchi</i> de Daniela	61
Compadres con los mismos padres	65
Cinco minutos	67
El lento cambio de nuestro rostro	69
La manada sorprendida	72

Presentación

Este libro reúne las cartas, poemas, crónicas, fábulas y relatos de diez víctimas participantes de las ediciones segunda, tercera y cuarta del Taller de Escritura Creativa impulsado por la Comisión Colombiana de Juristas (CCJ) y facilitado por la Fundación Fahrenheit 451, que se impartieron entre el 2022 y el 2024. Asimismo, es la continuación del libro *En la intimidad del secuestro*, publicado en el año 2022, y el resultado de la estrategia de acompañamiento integral de la CCJ para la representación de víctimas en el macrocaso 01 de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), denominado «Toma de rehenes, graves privaciones de la libertad y otros crímenes concurrentes cometidos por las FARC-EP».

Tal estrategia está orientada a fortalecer la participación y dignificación de las víctimas en el escenario judicial transicional y restaurativo, pero también, ha buscado, en lo extrajudicial, la expresión y divulgación de sus demandas, memorias, emociones e historias a través de diversos medios: *podcasts*, ilustraciones, minidocumentales, exposiciones, cursos cortos, talleres de escritura, conversatorios, libros, entre otros. Todo esto, para satisfacer la exigencia de la garantía de sus derechos a la verdad, justicia, reparación y no repetición.

Estas acciones se han motivado también por la intención de crear la oportunidad para el encuentro entre víctimas en un lugar de expresión y desahogo de

las emociones que las embargan, para el sostenimiento colectivo y el avance en su camino hacia la sanación. Tal ha sido el caso de los talleres de escritura como espacios de confianza, en los que víctimas de distintas zonas del país se encuentran alrededor de sus recuerdos, luego plasmados en los textos que componen este libro. Así se abrieron espacios de escritura, pero también de conversación y, en especial, de escucha y reconocimiento de la experiencia del otro, pues cada participante sufrió hechos distintos por la comisión de graves privaciones de la libertad por cuenta de las FARC-EP; tenían diferentes edades, procedencias y actividades económicas y ocupaban roles distintos en sus familias.

Se encuentran en estas páginas los relatos de familiares que buscan a sus seres queridos desaparecidos por la antigua guerrilla; relatos de hijas, esposas, madres y hermanos que hablan del vacío que la ausencia ha dejado en sus vidas, un vacío ahora ocupado por el amor que los moviliza hacia la búsqueda: una hamaca como testigo del amor y la tragedia; una carta de cumpleaños al hijo amado; un hermano que escribe a los años que siguen transcurriendo sin el regreso del ser querido. Están también las memorias de quienes sufrieron directamente el secuestro, las voces de militares, policías y empresarios que, a través de cartas, poemas y cuentos, les hablan a sus secuestradores, madres y compañeros; pero también de quienes desde sus hogares aguardaron la insufrible espera por su liberación, que llegó solo para algunos; una hermana que escribe una carta al único objeto que entregó alivio a su familia; una hija que se pregunta cómo se le habla a una niña del horror de la guerra.

La CCJ cree en la importancia de que cada uno de estos relatos sea divulgado, no solo por su valor literario sino también testimonial, acerca de las formas de

afrontamiento que las personas han forjado ante las graves violaciones a los derechos humanos padecidas, en este caso, con la escritura como medio de denuncia, búsqueda, desahogo y memoria. Así, *En la intimidad del secuestro II* se convierte en la cuarta publicación en el marco del convenio con el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), con textos de autoría de víctimas representadas ante la JEP: *Amor de madre e hijo en cautiverio* (2021), *En la intimidad del secuestro* (2022) y *Diario de un secuestro en libertad* (2022), todos disponibles para su consulta en la página web de la CCJ*.

En sus manos están diversos relatos que los llevan a explorar —sentir— épocas, emociones, caminos, frustraciones, amores y, en últimas, un pedacito de vida de sus autoras y autores.

* www.coljuristas.org



El señor Muerte

Luis Alberto Castro Ascuntar

—¡Camina, camina! —decía el señor Muerte.

Ya estoy demasiado cansado. Mis pies heridos se han hecho llagas, no puedo más, cada paso que doy en esas piedras es como pisar carbón caliente que quema hasta mi alma y la envenena de odio. Cómo quisiera.

—¡Camina, camina, maldito! —gritaba el señor Muerte.

Ya las lágrimas rodando por mi cara reflejan mi debilidad y las oculto ante el señor Muerte, son de odio, son de impotencia. Cómo quisiera.

—¡Camina, camina, títere! —con un empujón se enaltecía el señor Muerte.

El señor Muerte se ufana de la ruina de sus asesinatos, presume de sus logros, del terror causado al derrotado, un psicópata que piensa que tiene la razón. Me mira fijamente a los ojos como escarbando mi mente y mis pensamientos, sabe que lo odio y sé que me odia. Cómo quisiera tener nuevamente orgullo, llenarme de valentía en el último instante de la muerte, quisiera tener mi fusil y disparar y que su mirada se pierda en la lejanía del infierno.

—¡Camina!

Aún recuerdo al señor Muerte gritando.



Juancho y yo

Norma Constanza Pedraza Montealegre

Era marzo de 2001. Estábamos en la vereda Los Andes, el lugar que nos había visto crecer, que nos dio tantas ilusiones como desengaños. Es el lugar que amábamos y que aún amamos como si hubiésemos nacido con raíces pegadas ahí. Juancho y yo, llenos de sueños, pero a la vez de frustraciones, decidimos viajar a la zona de distensión en Vista Hermosa, Meta.

Él estaba recién egresado del ejército, sin ninguna oportunidad clara para superarse, y yo había terminado el año 2000 sin mi trabajo como maestra rural, debido a esa tan famosa cultura política de manejo de alcaldías y gobernaciones de nuestro país. Claro: la zona de distensión era el paraíso para nosotros, dos muchachos jóvenes, trabajadores, llenos de ilusiones, tontos, que creímos en los medios de comunicación, en las palabras tan falsas que públicamente y a diario dicen

los mal llamados padres de nuestra querida patria, esas palabras con fuerza superior para nosotros, porque cada quien hacía bandera con la tan anhelada paz, esa que se rompió desde el mismo momento en que la Pinta, la Santa María y la Niña encallaron en nuestro territorio.

Así que, para mí, que, por el año 2000 me la pasaba viendo en las tardes Señal Colombia, no era descabellado decir que la Policía y soldados comerían en el mismo plato con los guerrilleros en la zona de distensión, con este mismo mito, más en el corazón que en la mente, emprendimos el viaje. Como ninguno de los dos tenía dinero, empeñé algunas joyas que tenía en el momento y nos marchamos a escondidas de toda la familia, ya que la vinculación de primos —que no dice ni consta en ningún papel, pero que todos la saben y la utilizan como convenga en cada momento y escenario— fue suficiente para salir a escondidas, como si estuviéramos cometiendo el peor de los delitos. El viaje fue de mucha ansiedad y expectativa, pero cuando llegamos a San Juan de Arama, a unos treinta minutos de Vista Hermosa, Meta, ya el miedo se apoderaba de nosotros.

En la flota en que viajábamos se escuchaba en voz baja que si los desconocidos lograban pasar el retén de paracos, en San Juan, no pasarían el otro retén, en Vista Hermosa, a menos que algún patrón los estuviera esperando allí. Juancho y yo hacíamos oídos sordos: al fin y al cabo, no había otra opción. Cuando llegamos a la entrada de Vista Hermosa, lo primero que avistamos fue un inmenso letrero que decía, «Bienvenidos, 27 frente de las FARC». Nos miramos, fue una sorpresa, porque de inmediato comprendimos quién dominaba el territorio y que la tal zona de distensión que veíamos en los medios y en Señal Colombia era solo una ilusión popular.

Nos bajaron, nos requisaron, nos pidieron los documentos y para mí era la más grande de las ironías. Yo, con 23 años, docente rural, que ya había recorrido algunas partes del país, era la primera vez que me encontraba en una rigurosa requisita.

¡Qué seguridad tan macha la de este país! Claro, sí, si es que estamos entrando a la guarida de los mayores delincuentes del momento, por fortuna o infortuna, logramos pasar con un carnet de docente que yo llevaba, del año anterior, que el guerrillero que hizo la pesquisa no se fijó que el logo era del Tolima y no del Meta, porque, en realidad, creo que no sabía leer.

Esa noche nos quedamos en Piñalito, Meta. Y no les niego que nos atrapó ese paisaje de ese pueblo de casas de madera a lado y lado de calles sin pavimentar, al bordo del río, almacenes con puertas de vidrio para la venta de ropa de marca, tiendas grandes de estilo autoservicio, hoteles, restaurantes, discotecas con muchos lujos, trago fino, talleres de carros, motos, billares, panaderías, restaurantes, bares con balconadas sobre la playa, todo eso nos atrapó, a pesar de ver sus calles llenas de hombres y mujeres vestidos con prendas militares y armados hasta los dientes, que lograban infundirnos miedo. Sí, ese pueblo nos atrapó, porque sí, era otro modo de vivir, pero con mucho empuje económico, que se notaba a leguas. Era cuestión de hacer las cosas correctas, aprovechar las oportunidades de trabajo sin perder la línea legal. Pero ¿cuál legal? Si desde el mismo momento en que entramos a la zona, ya estábamos violando la Constitución Nacional.

Al día siguiente, viajamos río Güéjar abajo, en voladora, pasamos Puerto Alonso, Puerto Chorizo... parecía que cada brisa de ese espectacular Güéjar me dijera «aquí es, este es el lugar». Ya en la tarde, encallamos en algún

lado y nos abrimos camino por la montaña. Mis ojos observaban plantaciones, extensas plantaciones de coca, y por mi mente pasaba: ¿cuándo empezará? ¿Cuándo empezará la sustitución de los cultivos? ¿Por qué otros plantíos los reemplazarán? ¿Cómo se hará este trabajo? ¿Será como decían en la televisión, será como decían en Señal Colombia? La verdad es que todo el personal que nos encontrábamos nos miraba como a bichos raros, casi todos con desconfianza. Nos perdíamos del campo, nos perdimos del camino, y ya, llegando la noche, agotados, decidimos arrimar a una casa donde nos dejaron quedar. Al otro día, el señor nos dijo que nos había dejado quedar porque pensaba que éramos guerrilleros, por eso nos había dejado quedar.

Llegamos al lugar donde Juancho había dispuesto para llegar y los días transcurrieron en hamacas y cultivos de coca. La verdad fue que yo estaba triste, me aburrí mucho porque ya me sentía atrapada, pero no por la brisa del Güéjar, sino por ese mundo de mentiras que no esperaba ver. No eran policías, soldados y guerrilleros comiendo en el mismo plato, sino una cantidad de personas armadas en carros lujosos que impartían órdenes a diestra y siniestra y hacían reuniones para hablar del Partido Comunista, de la célula, donde instruían y trataban de convencer que eran los dioses del momento y del lugar, y que lo mejor era estar de su lado, porque ellos jamás entregarían la zona de distensión y que allá estaba el futuro progresivo de Colombia. Yo, con una formación tecnológica en educación y con escasos tres meses de administración financiera, que no necesitaba para darme cuenta que había llegado a la boca del lobo. Juancho y yo sabíamos que teníamos que actuar con cautela, dar la impresión de que aprovechábamos todo y que todo lo creíamos, que estábamos de acuerdo

con todos y con todo cuanto nuestros oídos se escuchaban y nuestros ojos veían; al fin y al cabo, no éramos los únicos atrapados en ese mundo de oportunidades concedidas por el diablo.

Confieso que, en el caso mío, me sentí un poco mejor pensando que podía hacer algo bueno y rogaba por tener pronto la oportunidad de estar en un aula con los niños, para hablarles de otras cosas, de otro mundo que no fuese ese, tan malvado, disfrazado de bueno, en el que les tocaba vivir. Imaginaba que, tal vez, podría tener derecho a estar en esa aula con ellos, pero jamás el derecho de hablarles del mundo bonito en el que yo había logrado crecer, en el que yo me había criado, porque debía limitarme a la cátedra de los reyes del momento, los que imponían su voluntad ahí. Los primeros días estuvimos en varias fincas y en menos de dos meses tuvimos la gran fortuna de llegar a la casa de don Andrés, un tipo iletrado pero correcto, de unos setenta años, uno de esos campesinos que dice «asiéntesen», «los papaes», «las mamaes», pero que sabe cuándo está tratando con Dios y cuándo está tratando con el diablo.

Así fueron pasando los días, mientras esperaba con ansiedad, tristeza y con más ánimos de regresar al Tolima, que uno de esos funcionarios de turno revisaran mi hoja de vida, para poder ingresar a una de esas escuelitas de tablas, con un solo docente para preescolar y hasta el grado quinto y con más de treinta estudiantes que veían diariamente alrededor de su escuela las plantaciones de coca. Fueron días que aproveché para leer todo lo que llegaba a mis manos y para dar un poco de escuela particular a quienes se interesaban por números y letras. Pero también, segundo a segundo, leía el contexto social, me negaba a creer que estaba en otra Colombia rural, otra que

no era esa en la que Juancho y yo crecimos, llenos de ilusiones, de vida, de agricultura, de niños jugando, de vecinos reunidos para tomar el café y contar los asuntos del día o para hacer algún oficio en la tarde o llevando un remedio a los vecinos para suplir las necesidades del analgésico más elemental o la receta para la enfermedad de turno.

Entonces concluía en que eran unos campesinos hinchados de ambición por mejorar su calidad de vida, hasta con los cultivos ilícitos, campesinos a quienes les correspondía el trabajo más duro y las migajas que impusieron los señores del poder de la zona de distensión.

Así, entre tantas cosas, transcurrieron los días y, para entonces, Juancho ya vendía un hervido rudimentario que había aprendido a preparar en sus andanzas anteriores por el Guaviare. Hasta que llegó el fatídico día, 7 de noviembre de 2001, cuando tres hombres vestidos con prendas militares y pistolas llegaron a la casa del señor Elver Valencia, en la vereda Laureles, lugar donde Juancho laboraba. Lo sacaron en botas, pantaloneta y se lo llevaron para nunca más regresarlo.

En su búsqueda, me quedé desde el 2001 hasta el 2015, recorriendo zonas rurales de Vista Hermosa, aprovechando mi trabajo como maestra rural, con mucha cautela intenté saber qué había pasado con Juancho. Hoy, con gran frustración y un atasco en el alma, no he sabido absolutamente nada más de él.

Desde que fui acreditada en la Jurisdicción Especial para la Paz, en 2020, es que he podido hablar de él, contarle, dar a conocer lo sucedido y solicitarle a los de las FARC una verdad tan anhelada que no ha llegado.



Melancolía

Wylliam Patricio Laiton Laiton

La música en la selva nos retumba
y en sus letras sus notas navideñas aparecen.
Está por llegar la época del año que nos pone alegres.
O, por el contrario, la vida de mi ser que se sumerge.
Recuerdos felices y agradables,
con la sublime ilusión de un tiempo nuevo
pero distinto en estas condiciones.
Nada queda por estar o recordar,
todo para mí es un camino oscuro y muy incierto.

La nostalgia se apodera de mi mente.
El corazón palpita a mil revoluciones,
como los latidos que incitan a la muerte.
No cabe duda: mi alma destrozada,
en la selva, solitario, mi voz muere.

Acaso es un lugar para vivir
como viven las gentes en diciembre,
con familias felices y contentas,
celebran Navidad como se debe.

Oscuras las noches que he vivido.
En solitario, pienso tantas cosas:
mi pasado feliz, con regocijo.
Solo vale pensar en mi familia.
La familia es el motor que mueve todo,
hasta las fibras más delgadas y más gruesas,
que, si no fuera por eso,
las fuerzas acabarían siendo derrotadas
por las cadenas que en mi cuerpo pesan,
dándole un último suspiro a la carga que
llevan mis tristezas.



El águila y la serpiente

Marina Peña Rojas

Había una vez, en un hermoso paraje, una inmensa llanura surcada por un caudaloso río que, con su gran variedad de peces, daba alimento a moradores de aquel hermoso paraje y deleitaba a los chiquillos que chapuceaban en sus aguas, bajo un sol candente.

En la espesa llanura y dentro de la imponente y espesa vegetación, se alzaba un majestuoso árbol de abundante ramaje que servía como albergue de papá y mamá águila y de tres de sus pequeños aguiluchos. Pero cierto día los vientos huracanados acabaron con la vida de papá águila. A partir de ese momento, mamá águila se vio obligada a salir a conseguir el alimento para su familia. Pero un día, después de un largo y peligroso recorrido, cuando mamá águila llegó a casa con la comida, notó compungida y horrorizada que uno de sus polluelos faltaba. Buscó, buscó y buscó inútilmente a su aguilucho, y no entendía cómo había desaparecido el pequeño, si estaba muy protegido y alejado de cualquier peligro. Estaba en estos pensamientos, cuando vio en el tronco del árbol, marcado, el horrible rastro de una serpiente, rastro que bajaba hasta la inmensa llanura. Asombrada, comprendió que la víbora se había devorado a la cría y, sin más esperar, alzó su vuelo llevando en su pico a los dos polluelos que le quedaban.

Moraleja: El peligro acecha donde menos lo esperamos.



Para mi gaviota desaparecida

Marilene Cendales Ortiz

Desde que te fuiste, todo mi mundo se fue abajo. Han sido meses, minutos, segundos de agonía, angustia, miedo y desesperación. Pasan los meses y no tenemos razón de ti. Han sido búsquedas tras búsquedas y todas negativas. Mis padres están sufriendo mucho tu ausencia, ¡más yo, porque quedo sola, y tanto que luchamos, mi gaviota!

Nuestras vidas jamás serán iguales sin ti.



Cómo le dices

En memoria de mi difunto padre
Stefanny Pérez Carmona

18/06/18

Cómo le dices a una niña de cuatro años que ya no volverá a ver a su padre, debido a que lo asesinó un estúpido cobarde.

Cómo le dices a aquella pequeña que él se encuentra muerto, mientras ella está esperándole.

Cómo le dices que ya no verá su sonrisa ni escuchará su voz cada vez que salga del jardín corriendo a abrazarle.

Cómo le dices que crecerá sin sus regaños constantes, sus besos fehacientes del gran amor que puede dar un querido padre; que jamás la llevará a un parque tomada de su mano gigante que la hacía sentirse segura en todas partes; que no importa todo el tiempo que pase, sus brazos ya no estarán cuidándole, que pasarán los años y no estará en las fechas especiales; que su anhelo de verlo regresar jamás se cumplirá, que de ahora en adelante le tocará vivir en esta realidad de crecer sin la protección de aquel mayor regalo que le pudo dar la vida.



A la hamaca

Norma Constanza Pedraza Montealegre

Desventurada y bendita hamaca pintada de mil colores —pálidos, fluorescentes, opacos, brillantes, como los colores del arcoíris—, desde niña me inquietaste, no solo por lo difícil que me parecía tu estructura, sino porque en las historias contadas por quienes te ocupan te muestran como una burbuja de descanso y placer de los más afortunados y la única habitación, cama, colchón, almohada y manta de aquellos infortunados que andan recorriendo la tierra para trabajarla y no saben dónde van a pasar la noche o el despertar de la madrugada.

Yo siempre deseé estar ahí, sobre tu lecho, contemplando la belleza del firmamento, el vaivén del mar o del río, creyendo en esa mentira de lo imaginado que contradice la dura realidad de una sociedad que nos dicta cuándo se alcanzará la gloria o cuándo se fracasará.

Te hablo, triste hamaca, porque te convertis-

te en el símbolo y único testigo del gran viaje, de la gran aventura que emprendí con Juancho desde un rinconcito del Tolima hasta la tan afamada zona de distensión en el Meta. Recuerdo exactamente cuando le pregunté: «¿Qué hay que llevar? ¿Dónde vamos a dormir cuando lleguemos?». «En una hamaca, mijita», me respondió con su malicia y la audacia que lo caracterizaba. No me asusté. Por el contrario, imaginé que todos los docentes rurales como yo teníamos el privilegio de acomodar una de las tuyas en cualquier rincón de la patria colombiana cuando por una u otra razón el compromiso nos llamara; por lo tanto, sería un gran desafío.

Te compró de rayas y de color azul. La mía tenía tu mismo estilo, pero rosa. Veinte mil pesos fue tu precio, me alegré bastante —creí que costarías cinco veces más—, ya que el presupuesto del viaje era bastante reducido. Hamacas azul y rosa, delgadas, donde todo el frío y viento de la noche se filtraba, te convertiste en nuestra más fiel testigo de lo que pasó y de lo que no pasó. Tú sí sabes cómo nos quisimos, sabes que tuvimos el valor de hacer honor a nuestro vínculo de primos —que no consta en ningún papel—, pero que pocos, algunos, muchos y, en fin, todos saben que es así. Sabes de toda esa pasión inventada por los curiosos, por los amigos, los sorprendidos por nuestro viaje a escondidas, volados. Quizás solo tú comprendiste nuestra relación, nuestro compromiso, nuestra alianza, nuestra lealtad a la complicidad, el entendimiento del mundo del otro y de la forma de vivir nuestra juventud, nuestra libertad; esa libertad frustrada, de mentira y vulnerada, de la que fuiste nuestra confidente.

Fuiste la última en sentir sus miedos, sus peligros, sus frustraciones y conocer sus pensamientos. Recuerdo ese mediodía de domingo cuando se mecía en ti, con su

cara triste, preocupada, pero escondiendo —como buen muchacho, decente, templado y de buen corazón— su dolor, para evitar el mío, y no me contó nada. En un instante dejó de mecerse y te abandonó para siempre. Salió al sitio de trabajo, llevaba el sabor a tristeza, ni siquiera recibió el almuerzo. Junto a ti lo vi perderse por la llanura corta de un potrero que lo conducía a la selva que lo escondió para siempre. Fuiste, hamaca, ¿la de la desventura y la de la bendición?

Te quedaste ahí para recordarme todas las noches que sus locuras lo llevaron como cordero al matadero. Y fue una de las tuyas la que lo convirtió en un tiro al blanco, allá, en la casa del señor que lo dominaba todo, al que no se le podía reclamar nada, al que, al dirigírsele la palabra, había que medir cada sílaba para no caer en sus miedos y cobardías agrandadas por el poder que le dio el proyecto de paz colombiano: zona de distensión, sin que absolutamente nadie le reclamara. Ese señor tenía la venia de esos que manejan todo y se acuestan en las hamacas más costosas, en las de lujo, esas que siempre fueron prohibidas para Juancho y para mí. Allá estaba, sí, allá, en la casa de este hombre, de imborrable nombre para mí, su falsía, su rostro y su crueldad, estaba la hamaca sobre la cual Juancho tuvo la osadía de mecerse sin saber que los nadies, los sin-dinero, los sin-apellido, los sin-título-de-malhechor y los sin-cartas-de-maldad que ofrecer, no podíamos cometer semejante osadía, porque, como se oyó decir, «¿Este hijo de puta que se cree?». Esa hamaca lo atrajo, lo sedujo, lo hizo creer que era el lugar perfecto para demostrar que no debía nada.

Hoy no recuerdo qué pasó contigo, cuál fue tu final, pero lo que sí jamás borraré es que Juancho se despidió de ti para nunca más volver cuando, ese siete de noviembre de 2001, tres de los hombres que seguramente idolatraban la hamaca del señor que todo

dominaba lo sacaron del lugar de trabajo, sin zapatos, con escasamente una pantaloneta y amarrado. Desde entonces, ni tú ni yo sabemos más de Juancho.

Hoy, tu sola mención me cuenta todo mi viaje con Juancho, pero también la horrible película, la tristeza, la desilusión, el miedo. Y con esto, la desgana de vivir se apodera de mí. El paso de veintiún años me ha hecho hacer el inhumano esfuerzo de entender que el ciclo de Juancho fue tan corto como el tuyo.



Un carcelero

Wylliam Patricio Laiton Laiton

Su cara de un hombre malo,
un indio muy trastornado,
solo basta con mirarlo,
es sentirse amenazado.

Hombre con genes de indio,
pero de un indio malvado,
inspiraba lo que era
en su interior, un tirano.

Desde la mañana llega
muy temprano al campamento,
con actitud desafiante,
buscando cualquier pretexto
para poder humillarme.

Su alias, Alonso, el indio,
comandaba esa cuadrilla
de remoquete bejuco,
una total pesadilla.

Sus cicatrices decían
lo que su alma escondía:
quien era el tirano aquel
se había escapado a la muerte
por lo que dejaba ver,
su cicatriz en el pecho,
del lado del corazón,
parecía ser el orgullo
de tan bandido bufón.

Nos humilló todo el tiempo,
por cualquier cosa insultaba,
nos pusimos la coraza
que ni una bala atravesaba,
como aquellos más guerreros
al no rendirse por nada.

Este indio malnacido
era un completo animal,
nos amenazaba a muerte
por querer o por gozar.



A los años

Germán Alonso Hernández Hernández

Queridos años, o tristes, debo decir. No sé si odiarlos o quererlos. Han sido mi vida y los he vivido con mucha intensidad, pero siempre recordando aquello que tanto quiero y que tal vez nunca en esta vida pueda volver a ver.

Años: ustedes se están llevando mi vida, pero también se llevaron aquel ser que tanto quiero y tal vez más que a mi vida; entre más recuerdo cuánto valía para mí, cuánto me quería y cuánto extraño cada vez que alguno de ustedes se acaba y comienza uno nuevo.

Cuantos recuerdos en estos veinticinco años, pero... un momento... no son veinticinco, son más bien cincuenta y siete. Cincuenta y siete años que debería tener aquel ser que tanto quiero y que quiero tal vez más que. . .

En este nuevo año cincuenta y siete, quiero, como he querido en los últimos veinticinco años, que ese ser que tanto quiero vuelva a mi vida, en forma física, porque de mi mente nunca se ha ido. Todos los días lo veo en mi imaginación, escucho su voz sin oírla, lo veo en mis sueños, recuerdo sus palabras, sus gracias, su ayuda, su amistad, su alegría, su protección.

Oigo su voz al cantar, pero, ¿qué digo?, si en estos veinticinco años hasta olvidé el timbre de su voz, ya no recuerdo cómo se oía, aun cuando lo tuve a mi lado por treinta y dos años seguidos. Ya solo faltan siete años para que sea mayor el tiempo sin verle que el tiempo vivido a su lado.

Años, tristes años, no sé si odiarlos o quererlos. ¿Dónde quedó aquel ser que tanto quiero, dónde quedó nuestra niñez, dónde quedó nuestra juventud, a dónde se fue su voz, que ya no puedo escuchar ni físicamente, ni en mi mente, ni en mis sueños?

Un año más sin poder celebrar el día de su nacimiento, con él, con aquel ser que se fue hace veinticinco años de ustedes, que debería tener hoy cincuenta y siete de ustedes. Aquel ser que me arrebataron los malvados, que no tenían corazón, ni alma, y que tal vez tampoco tienen vida, como yo, o como aquel ser que tanto quiero.

Ustedes, tristes años, me han quitado mucho, pero también me han acercado al Creador y al Hijo del Creador. Ustedes son mi cruz, la que tal vez debo llevar hasta el día en que no haya más de ustedes para mí. Ese día en que me vaya con el Creador tal vez sea el mejor de mis años, porque lo veré a Él y porque escucharé de nuevo esa voz cuyo timbre ya olvidé, y de nuevo recordaré nuestra niñez y nuestra juventud, y podré compartir esa otra vida con ese ser que tanto quiero, y con los otros seres que tanto quiero, que también se han ido con ustedes y sin quienes mi vida no es más que una triste vida.

Querido hermano, deseo con toda el alma que hoy estés vivo, que tengas cincuenta y siete años y que mi cruz solo llegue a los veinticinco y no se le sume ni uno más. Deseo con toda el alma que vuelvas pronto y que no sea necesario llegar el Creador para verte otra vez, porque mi vida dejó de ser feliz sin ti y sin aquellos otros seres que ya partieron en tu ausencia y que tanto queremos y que tal vez queremos más que a nuestras vidas.

Queridos años, tristes años, que no pase uno más de ustedes sin que mi ser querido vuelva a mi vida y a la vida de esa madre que tanto quiero y que quiero más que a mi vida.



A mi madre, que ya no está

Danilo Conta Marinelli

El 4 de agosto de 1996, mientras me subía a Tarro Pintado, acompañado por mis captores a quienes acababa de ofrecer un café, en mi finca, Los Cárpatos del corregimiento de San Diego, municipio de Caldas, mis preocupaciones se habían encerrado en un solo pensamiento: tú, mamma Alda.

Eras una mujer de armas tomar, que no había tenido ningún temor en coger un avión, absolutamente sola, para venir a dar una mano al hijo que había abierto un restaurante en Bogotá, a once mil kilómetros de su primera patria.

En aquel entonces, ya habías superado los ochenta años y te subiste a un avión de Lufthansa que, desde Milán, te llevó a Frankfurt para aterrizar finalmente en Bogotá. Un viaje martirizante para una persona de tu edad, pero que enfrentaste como solamente una

madre sabe hacer, para ayudar a tu hijo en el manejo de un restaurante de más de ciento treinta puestos.

¡La cosa no te preocupaba en lo absoluto! Una mujer que, de niña, había vivido la Primera Guerra Mundial, había atravesado indemne la pavorosa pandemia de la fiebre española, se había casado con un suboficial de los carabineros italianos, a quien le dio cuatro hijos que tuvo que educar en el fragor de la Segunda Guerra Mundial, hasta llevarlos a ser profesionales respetados y estimados en sus actividades.

La única preocupación estaba centrada en Danilo, el hijo que, en busca de fortuna, había aceptado una oferta de trabajo en Venezuela para trasladarse después a Colombia y abrir en Bogotá, primero, el Café Bar Enos y, después, el restaurante La Paninoteca.

Mientras caminaba, paso a paso, siguiendo por un sendero tortuoso a los ocho guerrilleros que, armados y uniformados, podían pasar por soldados —si no fuera por las botas y la falta de identificaciones en las chaquetas y en los sombreros—, traté de imaginar tu terror, madre, al saber que tu hijo había sido secuestrado por la guerrilla colombiana.

Se me revelaron tus noches en vela, tus lágrimas desesperadas, tus angustias por mi salud, con el único consuelo de ir a la iglesia y al cementerio de al lado, para hablar con tu marido, Tulio.

Tenía la seguridad de que mis hermanos se habían encargado de acompañarte en esta tragedia que había golpeado imprevistamente a esta familia que en su vida nunca había padecido semejante desventura. Mas, ¿qué podría hacer yo?

Como por encanto, volvieron a la mente las palabras de una oración que durante años había olvidado: «Ave María, llena eres de gracia, el señor está contigo. Bendi-

ta tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre...»

Siete meses después, finalmente, pude abrazarte a mi regreso a Monclassico, el pueblo donde nací, en plena guerra. Allí, con la mano en la mano, subimos al cementerio y frente a la tumba de mi padre, tú, el primer amor de mi vida, murmuraste entre lágrimas: «Tulio, lo hemos finalmente liberado, y viene aquí a saludarte, porque yo sé que tú también nos has ayudado».

El primero de diciembre de 2007 te has unido a tu marido. Desde allá me están viendo y al mismo tiempo protegiendo, como lo hicieron en vida.



Violencia

Wylliam Patricio Laiton Laiton

Violencia maldita que acaba con corazones,
con gentes mansas y dulces,
corrompiendo sociedades,
dejando al niño en miseria,
huérfano, sin abrigo,
durmiendo en puentes y calles.

Con esta horrible violencia,
nadie sabe a dónde va,
¡me duele la gente mía!,
mi pueblo y mi gran ciudad...

Y mis gentes que trabajan
para el sustento y su hogar,
con estos salarios crueles,
nunca se va a progresar.

Tienen que recurrir a tanta ilegalidad
para escapar de la muerte,
del hambre y de la necesidad.

Así mi gente rebusca
para poder escapar
de estos mortíferos males,
de odio y de inequidad.

Así es como se lucha, hermano,
si lo que quiere salvar
es la vida terrenal.

¿¡Por qué, violencia maldita,
por qué, violencia que ataca
a mi humilde sociedad!?

Somos culpables ... ¡Dios mío!

Dímelo, Dios, para ya...

¿Es castigo o es una enfermedad?

¡Sácanos de esta derrota, que nos hace tanto mal!

Aquí no se vive bien,

¡no hay un segundo con paz!

Nos ofendemos, herimos, mentirosos con fealdad,
nos matamos entre hermanos,
y el que ha caído muerto
es por purita maldad.

Padres, esposas e hijos,

amigos y, en fin, demás,

lloran a su cuerpo inerte;

es tarde para lamentar,

esta violencia corroe al inocente e incapaz.

¿Hasta dónde llegaremos?

¡No vemos la santa paz!

¡Dime, Dios mío!,
¿qué le pasa a mi Colombia?
¿Somos tan indiferentes?
Todo parece normal,
caen heridos y muertos
esto es cuestión del azar,
a este lado y al otro,
no me importa, no es pesar,
esto que pasa no es conmigo
ni me viene ni me va.

¡Ah, y ojalá toquen mi cuerpo,
ahí sí tengo que llorar!
Me doy cuenta de lo mismo,
de lo que yo antes hacía,
con los mismos, mi hermandad.

Este callejón oscuro,
largo, estrecho, sin final,
nos deja en plena deriva,
sin timonel en la mar.

Cada quien hace justicia,
la tolerancia se esfumó,
la dignidad ya no existe,
el respeto se acabó,
cada quien vive lo suyo,
poco importan los demás.

Que los fuertes son guerreros,
los malos, dioses de azar,
y ay de aquel pobre que sea humilde:
si se deja pisotear,
sufra, desgraciado pobre,

que con usted jugarán.

Desgraciados con perfidia,
los que siembran la maldad,
los que aplastan a mi pueblo,
quienes lo quieren matar...

Son también ellos violentos,
los que asesinan... que matan...
sin tener que disparar
las armas de muchas guerras,
solo guardando silencio
en su afán por perdonar.

Nos matan en estas selvas
como los muertos vivientes,
poniéndonos a luchar
en la guerra fratricida,
a ver quién aguanta más.

Mientras arriba respira
toda la tranquilidad,
con carcajadas y risas
hacen brindis y demás...

Se disculpan, se lamentan
con oratoria falaz
solo pido al Dios eterno
que termine tanto mal,
para ver toda mi gente
sumergida en la utopía
de lo que llamamos paz.

Selvas de Colombia.
30 de diciembre de 2000.



Carta de cumpleaños

Exsa Lilia Hernández Hernández

Mi adorado Carlitos, hijo de mi corazón:

Ya que por la maldad de algunas personas nos es imposible reunirnos a celebrar tu cumpleaños, te escribo estas líneas para recordar aquellos días cuando con alegría te deseábamos muchos años de vida; y tú, lleno de alegría y felicidad, recibías regalos, abrazos, muchos buenos deseos de tus papás, tus hermanos, tíos y muchos familiares.

Hoy te digo, hijo mío, desde la distancia, que, aunque no has estado con nosotros durante varios años, te hemos puesto en las manos de Dios, la santísima virgen del Rosario, los ángeles del cielo y ofrecemos una eucaristía por tu salud, tu cumpleaños y tu pronta liberación.

Quiero que siempre recuerdes que te llevamos en nuestros corazones y que mis brazos no se han cerrado hasta que tú no estés dentro de ellos. Tengo mucha fe de que esta misiva llegará a ti, estés donde estés, en cualquier rinconcito de este mundo, así sea en el mismo cielo, y sabrás que no te hemos olvidado. Siempre recordamos tu risa, tus chistes, tu alegría, tus consejos y aquellos ojos cafés que cada mañana, desde tu foto, me dicen cuánto me extrañas y deseas el momento más sublime del reencuentro.

No olvides que te amo inmensamente, deseo que estés bien de salud, que puedas tener un lindo día con fe y esperanza de llegar pronto a casa.

Feliz siete de octubre
Te quiere,
Tu sardina.



Los lagartos de colores

Exsa Lilia Hernández Hernández y

Germán Alonso Hernández Hernández

Hace muchos, muchos años, existió un lugar muy hermoso, lleno de vegetación y una gran diversidad animal compuesta de aves, mamíferos, insectos, reptiles y toda suerte de seres vivos totalmente alejados del hombre.

Todos estos animalitos vivían en completa paz y armonía con su entorno, en un mundo totalmente extraño a los seres humanos, es decir, lleno de honestidad, generosidad, alegría, tranquilidad, amor y Dios, sin pasiones exageradas, ni codicias, ni egoísmo, nada que afectara negativamente a los demás.

Un oscuro día, llegaron a aquel extraño pero feliz mundo algunos lagartos muy bien vestidos con un lenguaje exótico, agradable y comenzaron con su ágil lengua a convencer a los habitantes de que se podrían hacer algunas mejoras a su mundo, quizá modernizarlo, tal vez crear colegios, universidades, empresas, acueduc-

tos y toda clase de progresos que les traerían felicidad y los sacarían de ese ambiente aburrido en el que se encontraban.

Para lograr todos estos planes y cometidos, era necesario crear un gobierno, con un rey, ministros, condes, duquesas, etc., que serían los que «trabajarían para los demás» y solo tomarían a cambio un pequeño sueldo para cubrir sus gastos.

Las demás criaturas, algunos ignorantes, otros indiferentes, otros ilusos, creyeron en las propuestas y promesas y nació, para fortuna de unos pocos y para desgracia de otros muchos, la clase política.

Una pequeña minoría que, por cierto, eran lagartos con manchas verdes y cafés, similares a las plantas, no creyó en las promesas y, pasados algunos años, todas las especies confirmaron que esas promesas realmente eran falsas ilusiones y que aquellos planes no eran más que engaños de los lagartos de cuello blanco, quienes, con los pequeños aportes de los demás animales, cada vez eran más ricos y más prósperos que los demás.

Los lagartos manchados decidieron defender al resto de los animales y se armaron. Para lograr su cometido, buscaron financiación, primero, pidiendo ayudas voluntarias a los demás animales; luego, con amenazas. Después enjaularon a los más pequeños, luego enjaularon a los más grandes, y luego, al que se atravesara, incluidos lagartos de cuello blanco y a sus hijos. También decidieron robar algunas plantas prohibidas y cambiarlas por armas con otros reinos. ¡Pero que quede bien claro que todo era por el bien de los demás animales!

Pasaron muchos más años, llenos de enfrentamientos armados entre unos y otros, miles de muertes de todas las variedades de animales, jaulas por doquier, se regó la sangre inocente de aquellos animalitos que tan felices vivían

en su extraño mundo cada vez más lejano para todos.

Para su propia defensa, los lagartos de cuello blanco contrataron a algunos lagartos manchados, que, además de defenderlos, cometieron todo tipo de desmanes y asesinaron, además de lagartos manchados, a seres inocentes y otros tantos que no tenían nada que ver con los problemas. Estos lagartos fueron llamados «los paramanchados».

Los lagartos de cuello blanco se inventaron la palabra «patria» y obligaron con bellas palabras a los animalitos más jóvenes a defender esa patria con la excusa de que estaban defendiendo a los demás animalitos, pero solo era eso, una excusa para poder perpetuar su poder ante los demás animales con la sangre de los más débiles.

Un extraño día, también oscuro, celebraron un pacto de paz. A partir de ese momento, todos los lagartos, manchados o no, se vistieron elegantemente, con finas corbatas, hermosos zapatos y pertenecieron, como por arte de magia, a la misma clase política y continuaron «sirviendo» al resto de los animales de manera «casi» desinteresada. Eso sí: las promesas continuaron siendo falsas ilusiones y los planes no dejaron de ser más que engaños, sin importar el tipo de lagarto que los propusiese.

Las jaulas aparecieron vacías y de sus habitantes nunca se volvió a saber nada. Se los comió la tierra. Quedaron sumidos en el olvido junto con sus padres, cónyuges, hijos, y hermanos. Sus vidas se perdieron en vano, a no ser que su muerte se considere importante porque ayudó a los lagartos en su empeño de «arreglar» un mundo que ya era perfecto antes de su triste llegada y, por supuesto, a perpetuar su estadía en el poder.

Moraleja: nunca sabremos qué es más peligroso, si la armas que matan o las lenguas que engañan y que a la postre también terminan matando.



Carta a una carta

Diana del Pilar Braga Gómez

Hola, querida carta...

Hoy he decidido escribirte, pues representas la cercanía de mi hermano y la ilusión de buenas nuevas. Cuando llegas a nuestra casa, es todo un acontecimiento y se mezclan muchos sentimientos, pues aflora la tristeza de no tener cerca a mi hermano, pero, al verte, se viene también la ilusión y alegría de saber de él, de lo que le sucede a diario, de su vivir o, más bien, de su sobrevivir.

Mi madre, en su profunda tristeza, te añora cuando no llegas. Aunque mi hermano no cuenta mucho a través de ti, nos acercas a su realidad ¡Cuánto bienestar traes a nuestras almas quebrantadas por la guerra! Solo tengo agradecimiento por tu existencia.



Crónica inacabable

Germán Alonso Hernández Hernández

Tenía yo veintiocho años de edad y recién estaba comenzando a laborar en una empresa de tecnología. Vivía un poco alejado de mi familia por el hecho de estar dedicado al ámbito laboral y creer erróneamente que la vida dura para siempre, que los padres nunca se van y que siempre estarán ahí los hermanos para jugar, para compartir la vida o, por lo menos, un almuerzo cada ocho días, en alguno de los pocos días libres que quedan cuando las personas se vuelven responsables de sí mismos o de sus hijos.

Mi hermano Carlos fue un niño muy alegre, al que siempre admiré y respeté y del cual aprendí tantas cosas, que, aún después de tantos años, recuerdo con cariño y siguen siendo parte de mi conocimiento, aún vigentes en mi vida y en la sociedad que habito.

Era muy bueno para hacer amigos, no solo entre nues-

tros familiares, sino también con las personas ajenas que llegaban a la casa, los vecinos, los compañeros de clase o también en el trabajo. Yo siempre admiré eso en él, pero nunca fui como él. A estas alturas de la vida, creo que fue el único amigo verdadero que tuve y tendré hasta el final de mi existencia. Siempre me protegía, me enseñaba cosas, me compartía su vida como nadie.

Él nació tres años antes que yo. Cuando yo llegué, él ya era el centro de todo. Cuando empecé a tener uso de razón, él ya sabía tomar el bus para el colegio, había comenzado sus estudios y era muy apreciado por tíos, abuelos, padres y demás, quienes, con el tiempo, acrecentarían ese aprecio que se convertiría en un amor profundo hacia un ser que todo lo daba sin pedir nada a cambio y por cuya pronta llegada toda boca sonriera.

Pronto se hizo médico superando todo tipo de obstáculos, con el apoyo absoluto de mis padres. Su carrera no solo lo hizo una parte invaluable de la sociedad, sino que, además, lo volvió una mejor persona, en la que todos sus allegados podían confiar, no solo por su alto grado de ética, sino también por sus conocimientos en esa ciencia que tan bien aprendió y con la cual ayudó y devolvió con creces, a sus semejantes, todos los favores recibidos en sus años anteriores.

Una segunda carrera se presentó en su camino, para servir de un modo aún más importante a la sociedad colombiana: ser oficial de los servicios de la Policía Nacional. Allí no fue diferente. Aquel niño amistoso, aquel hermano protector y considerado llevó a cabo una bonita labor por la cual también hizo importantes amistades y se dio a conocer como el médico amable y considerado con las personas de todos los niveles de la sociedad que iba conociendo y con quienes compartió sus conocimientos de la ciencia que soñó estudiar de niño.

Volví de mi trabajo aquella tarde, cuando recibí la

noticia de mi madre: mi hermano no se comunicaba desde hacía ya dos días y su esposa tampoco lo había visto durante el mismo lapso. Lo recibí inicialmente sin mucha preocupación, pensando en que nada malo le pasaría a ese héroe que siempre me protegió. No tardé mucho en notar cuán equivocado estaba.

Con el conductor de la Policía que lo transportaba, mi madre ya había averiguado que mi hermano había viajado a Villavicencio desde el lunes de aquella semana de noviembre de 1997. Al parecer, en compañía de otras personas. Decidimos inmediatamente que lo mejor sería viajar a Villavicencio en compañía del mencionado conductor, ya que, al parecer, él conocía a una o varias de las mencionadas personas, e incluso conocía el domicilio de un policía relacionado con ellos.

Mi madre me contó que, posiblemente, mi hermano habría viajado a Villavicencio a buscar un carro que le habían robado unas semanas o quizás meses antes. Ella conjeturaba que, posiblemente, él habría sufrido un accidente en el camino. Entonces, mi objetivo inicial era verificar si habría pistas de su desaparición en la carretera. Al comienzo, no imaginamos para nada que serían otros seres humanos los responsables de su desaparición.

Ya en carretera, y a bordo de un carro mío, el conductor de mi hermano me comentó que él había viajado con tres personas más, llamadas Samuel Sánchez, Yesid Concha y Pedro Cuyares. Y nos dirigíamos hacia la casa de un policía llamado Éver Gómez, quien estaba casado con la hermana de Pedro y que trabajaba con mi hermano en el servicio aéreo de la Policía, en Guaymaral, Cundinamarca.

A decir verdad, no recuerdo con exactitud las palabras del conductor, a pesar de viajar durante unas tres o cuatro horas en mi carro, para mí todo era muy nuevo y confuso. No estoy seguro de si él me informó acerca de

los tres acompañantes de mi hermano o eso lo supe luego con la familia Cuyares. De lo que sí estoy seguro es de que él pudo llevarme sin mayores tropiezos a la casa de Éver y su esposa. Allí conocí a la señora Nancy Cuyares; ella y su esposo me comentaron que mi hermano llegó el lunes 24 de noviembre a Villavicencio en compañía de las tres mencionadas personas, se entrevistó con ellos y, según parece, afirmaron que irían los mismos cuatro a cumplir unas diligencias. Y desde entonces no supieron nada más de ninguno de ellos.

En ese primer viaje de tantos, me llamó un coronel, compañero de mi hermano, para decirme que me iban a apoyar y que debía colocar la denuncia en la Sijin de Villavicencio. Me acerqué allí, coloqué la denuncia y el resto de tiempo estuve buscando quién me ayudara, y me asesoré equivocadamente de algunas de las personas que acababa de conocer en Villavicencio.

Fueron muchos los viajes, pocas las averiguaciones y demasiadas las decepciones, no solo por no poder averiguar mayor cosa de mi hermano, sino por empezar a conocer la maldad inherente al ser humano.

Por la zona en que estábamos, es decir, el departamento del Meta, se podía pensar que las posibles causas de la desaparición de mi hermano estaban relacionadas bien con las Farc, bien con los paramilitares, que se repartieron el territorio, al punto en que municipios vecinos podrían ser, uno de la una y el otro de los otros. Así que la primera recomendación que me hicieron fue respecto a un señor delgado de baja estatura, que viajaba en una moto y que supuestamente conocía muy bien la zona y tenía contactos.



Jacinto, el loro

Luis Alberto Castro Ascuntar

Jacinto, estás triste y cansado, con tu cabeza abajo, pensativo, como si algo te hubieran arrancado. No veo el brillo en tus ojos, ese brillo que permite ver tu alma, miro el gris, ese gris que oscurece cuando la tormenta te alcanza. ¿Qué te han quitado, mi viejo amigo? Pobre loro cansado, con tu ala rota pasas la vida sin poder volar. Pasan los días y hoy el viento te susurra: «¿Quieres volar?». Extiendes tus alas, no importa si hay dolor o si hay peligro, solo es el momento de tu libertad. Adiós, mi valiente amigo. Adiós, mi valiente amigo. Aún se escucha tu canto, ese que se apagó un día con tu triste llanto.



La isla de la soledad

Guillermo Solórzano Julio

Desde el día en que me despojé de mi cadena han pasado trece años. Trato de no olvidar los hechos que marcaron ese doloroso trance, porque en varios de ellos hay enseñanzas que hoy en día sirven mucho, porque coinciden con lo dicho en la palabra de Dios, Filipenses 4:12: «He aprendido a vivir en escasez y abundancia». Y esto lo digo porque solo en situación difícil y extrema es cuando se aprecia el verdadero sentido de la vida y la comprensión de la palabra de Dios. En estos trece años he tenido nuevas equivocaciones y no he sido el más juicioso en mi vida, como me lo había prometido a mí mismo, eso me hace sentir que no soy digno de esta libertad.

La libertad es un don y un regalo de Dios que implica el poder decidir y hacer lo que queramos de manera espontánea, pero debe cuidarse, debe cultivar-

se de manera sana. Hoy, más de una década de disfrutarla, hay días en que siento que me hace falta el fervor de lucha que adquirí en mi secuestro, especialmente cuando enfrento problemas que pueden derivarse de mis errores y de no seguir una vida correcta, lucho contra mis propios demonios.

Si pudiera analizar el resultado de estos años de libertad, podría decir que después del secuestro, la separación de mi esposa Marcela fue el suceso más impactante. Sucedió hace tres años y aún me duele, aún no logro acostumbrarme y aún me siento en la isla de la soledad, como en esos años. De igual manera, me duele el diagnóstico de Alzheimer de mi madre, hace tres años; desde entonces luchamos con ella y con el paulatino desvanecimiento de su memoria y la afectación de la calidad de vida que nos impacta a todos.

La vida es un constante ir y venir de pruebas, unas más dolorosas que otras, pero cada una deja una enseñanza, hay que saberla aprovechar y dignificar, ellas solo intentan hacerte mejor persona y prepararte para lo que viene, incierto; por eso se hace necesario aprenderlas bien y fortalecernos en mente y espíritu; esto, considero, es la clave para alcanzar el éxito y la realización.

Si de mí dependiera, me hubiese quedado más tiempo en la isla de la soledad...



No significarán más que un papel

Wylliam Patricio Laiton Laiton

No significarán más que un papel escrito, unas letras a modo antiguo, unos garabatos que no entiendes, párrafos incomprensibles, frases a veces ininteligibles, que, como cualquier hoja escrita, no tuviera la importancia para quien no supiera la historia.

En ellas sentí vivir, volví a sentir en el alma el amor, la ternura, el deseo sublime de poder estar cerca, sentir la experiencia de retomar la esperanza, que el desfallecer no es de cobardes, sino de quienes desconfían y dan el brazo a torcer.

En la debilidad de mi alma, en las flaquezas del cuerpo, en el dolor profundo del corazón, en el silencio oscuro, en la soledad intensa, en el abandono físico, con el alma destrozada, encontré en ellas aliciente suficiente para soportar la crueldad.

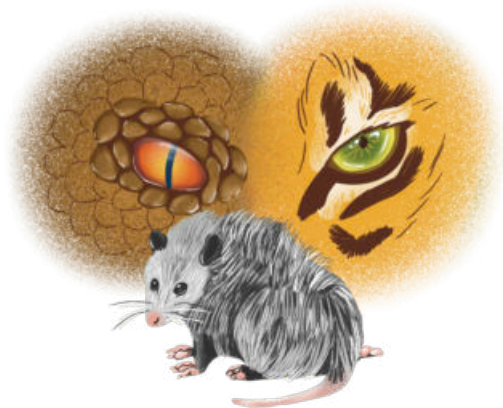
No te rindas, confía en ti, sigue adelante con tus fuerzas,

no permitas que la tristeza te embargue, pide al Dios de la vida que te envíe lo necesario, aunque el alma el dolor desgarre.

Entre renglones, decía en ese clamor de madre, con el ímpetu fuerte de padre, no es momento de rendirse, ten paciencia y esperanza, confía en la voluntad de Dios, porque al final de todo, no hay mal que dure cien años.

Cuántas veces las leía, lloraba, el alma exaltaba, cual ser moribundo pedía a gritos fortaleza y energías para derrotar la muerte, pero sentía en ellas el vigor de poder entablar en la distancia una conexión imaginaria.

Entendí que sus mensajes escritos con un amor verdadero quedarán plasmados en mi alma con letras de oro, lo que hoy significa la vida misma, derrotar la incertidumbre y vencer la adversidad.



El dilema de la zarigüeya

Diana del Pilar Braga Gómez

En la selva, el güío y el tigre eran enemigos, no se podían ni ver, por donde iba el uno, no podía ir el otro, los amigos del uno eran enemigos de los del otro. Así pasaban los días, oponiendo a los animales de la selva unos contra otros.

Cierto día, mamá zarigüeya estaba desesperada, pues debía adelantar unos trabajos y no tenía con quién dejar sus hijos. La señora tigresa le dijo que los dejara a su cuidado. La zarigüeya, preocupada porque no quería tener de enemigo al güío, pero sin más opciones, decidió que le contaría al güío que ella tuvo que acudir a la familia del tigre para dejar a sus hijos, pero que ella se mantenía ajena a la guerra entre los dos animales más poderosos de la selva.

Así lo hizo. Fue corriendo a donde el señor güío y le contó sus pesares. «Pierda el cuidado», dijo el güío: «Mi guerra es solo con el tigre».

Entonces, la zarigüeya se fue muy tranquila y dejó a sus hijos al cuidado de la tigresa.

Por causalidad, las zarigüeyas caminaron por los predios del tigre en busca de frutos de la selva y jugando, por lo que no se dieron cuenta de que entraron a predios del güío, que, furioso, enfiló a todos sus compinches y capturó a los hijos de la zarigüeya.

Cuando llegó la mamá zarigüeya, le contaron lo sucedido. Ella fue a donde el güío a preguntarle por qué, si ellos ya habían hablado antes, tenía capturados a sus hijos. A lo que el güío le contestó que ese no era su problema y que todos los amigos del tigre eran sus enemigos.

La zarigüeya se fue triste sin sus hijos.

Moraleja: nunca se puede confiar en quienes libran una guerra de poderes.



La noche se hizo oscura

Exsa Lilia Hernández Hernández

La noche se hizo oscura aquel veinticuatro.
Parecía un mes de noviembre como cualquiera,
pero fue peor que ningún otro
porque se llevó aquel hijo que tanto quisiera.

Nació del mes de octubre, el siete,
y pensaba que era su número de suerte.
Qué triste año ese noventa y siete,
el año que se fue mi hijo y me dejó triste de muerte.

El hombre malo vestido de verde
lo llevó muy lejos de mi lado
con un alma negra que no le remuerde,
pero sí dejó mi corazón destrozado.

Han pasado ya muchos años.
Mi cabeza de canas se ha llenado.
No en vano me he llenado de arrugas,
El Señor Dios mi camino ha endulzado.

Los recuerdos fluyen a mi mente día tras día,
nutren a mi alma esperanzada
de un mañana que llenará mi vida
el feliz reencuentro con la persona amada.

Oh, hijo, hermoso ser que salió de mis entrañas.
Oh, hijo, cuánta falta me hace tu sonrisa.
Cuán diferente sería mi vida.
Cuán diferente mi familia
si hoy estuvieras a mi lado,
si hoy estuvieras con nosotros.
Vuelve pronto, que mi vida se acaba;
vuelve pronto, que este ingrato mundo
se alegraría si te viera tan solo por un segundo.



El *tamaguchi* de Daniela

Exsa Lilia Hernández Hernández

El 23 de noviembre de 1997, un domingo, mi hijo Carlos y su familia llegaron a casa a eso de las dos de la tarde, a almorzar, como era costumbre por esos días. Cerca de las cuatro de la tarde, salimos a dar una vuelta por el centro de la ciudad, por la carrera novena con calle octava. Miramos algunos carros de remate de la aduana. Luego visitamos almacenes de vestidos, comimos helados y regresamos a casa. Ese día me hizo un comentario acerca del carro que le habían robado hacía unos días, que tenía un contacto, en Villavicencio, que le cobraba doscientos mil pesos. Yo le dije que dejara eso así, ya que podría ser una trampa de los ladrones.

El lunes 24, salí a mi trabajo y esperé que Carlos me hiciera la acostumbrada llamada para darme los buenos días. Pero no fue así, el día transcurrió sin la esperada llamada, que tampoco llegó en la noche.

El 25, nuevamente esperé la llamada, pero tampoco llegó. A eso de las diez de la mañana, recibí un mensaje al buscapersonas, proveniente del Servicio Aéreo de la Policía, para pedir informes de la causa por la cual Carlos no asistió en esos días al trabajo. De inmediato llamé a Bibiana, su esposa, para saber qué noticias tenía ella. Me comentó que él no había llegado a dormir la noche anterior, que había llamado a las seis o siete de la noche, habló con su hija Daniela, le pidió que no se durmiera, que le llevaría un juego, un *tamaguchi*.

Me comuniqué con el Servicio Aéreo y la persona con quien hablé me dijo que posiblemente sabía dónde estaba, que no me afanara, que pronto llegaría. Luego me comuniqué con el coronel médico Mera, su jefe inmediato en ese momento, para informarle que yo no tenía conocimiento de su paradero ni sabía la razón por la cual faltó al trabajo.

El miércoles 26 fuimos con Bibiana al Servicio Aéreo y hablamos con el coronel Mera. Le comenté lo que había hablado con él, el domingo, relativo al vehículo robado, y decidimos tratar de averiguar en Villavicencio. Mi otro hijo, Germán, viajó con un acompañante que tenía unas direcciones donde se suponía que él llegó. La sorpresa fue que dos señores de esa casa también habían desaparecido.

El jueves 27 fuimos nuevamente a Guaymaral, para hablar con el coronel Calderón, quien se sorprendió de lo sucedido. De inmediato, habló con los altos mandos para, supuestamente, comenzar a hacer investigaciones a nivel nacional.

Estuvimos en la Sijin, de Bogotá, para interponer la denuncia de la desaparición. A mi casa llegaron los investigadores, haciendo miles de preguntas para siempre contestar lo mismo: «No sabemos nada».

El 28 de noviembre se celebró el grado de bachiller de

mi hija Lily, al cual asistió toda la familia, con la tristeza de que, de ahora en adelante, habría un puesto vacío en nuestra mesa y en nuestra familia.

En los siguientes días, 29, 30, 1.º, 2 y 3 de diciembre, Germán continuaba en Villavicencio.

El 5 de diciembre fue el grado de preescolar de Daniela, quien, a pesar de sentirse contenta, siempre reflejaba tristeza por la falta de su papá.

Siguieron pasando los días en esa triste espera, sin ninguna noticia. A mi mamá, quien por entonces tendría 74 años, no le habíamos contado nada, con el fin de evitar que se preocupara y enfermara más, pero ella preguntaba constantemente la razón por la cual Carlos no llegaba regularmente, como normalmente lo hacía.

En vista de su ausencia y por cuanto eran días de fiestas navideñas, normalmente animadas por él, fue necesario contarle a toda la familia.

Empapelamos con volantes la carretera a Villavicencio, estuvimos en la Defensoría del Pueblo con el doctor Alfonso, pero no encontramos ninguna solución, en ninguna entidad.

Pasaron los días sin que supiéramos nada de su paradero. Daniela se enfermó por no encontrar a su papá, lloraba mucho. El médico recomendó remitirla al psicólogo. Pasaron Navidad, Año Nuevo y Reyes con mucha tristeza, pero teníamos que seguir adelante, esperando su regreso.

Germán viajaba los fines de semana a Villavicencio para buscar respuestas hablando con diferentes personas, tanto civiles como militares. Los días continuaron pasando, sin que tuviéramos ayuda de la Policía, ni siquiera un mensaje de solidaridad de sus compañeros de trabajo, ni de aquellos que él ayudó en momentos de dificultad, sin importar la hora ni el rango.

Siguieron pasando los días, los meses, llegó un nue-

vo año con muchas esperanzas, pero nada. Aunque habláramos con una y con otra persona, asistiéramos a muchas oficinas gubernamentales, nunca teníamos ninguna ayuda y parecía que nadie estaba investigando.

Germán prosiguió sus viajes a Villavicencio, nosotros seguimos nuestra vida casi normal. El 20 de enero, Lily entró a la universidad, donde su hermano la dejó matriculada. Mi mamá siguió enferma por la ausencia de un nieto predilecto, a quien ya nunca vería más. Recuerdo haber escrito entonces: «Yo ya no tengo ni lágrimas en los ojos, no sé si se han secado por la fe que tengo en que pronto llegará o es que el dolor es tan grande que mi corazón está agotado».



Compadres con los mismos padres

Germán Alonso Hernández Hernández

Fue un niño tan feliz con su familia.
Nunca tuvo una queja ni un reclamo.
Solo obedecía como un santico de la Biblia
y siempre tan fiel como un perrito con su amo.

Cuando joven, fue muy alegre con sus amigos.
Luego se convirtió en un médico muy acertado.
Nunca se le vio pasado de tragos.
Qué lástima, qué lástima que se haya marchado.

Más tarde hizo su propio hogar:
dejó atrás hermanos, padre y madre,
pero nunca llegó a faltar.
Incluso, por su hijo, me volví su compadre

Voy a contarles la historia
de ese santico que se llevó la maldad
de aquel que no conoció la gloria
porque se fue a muy temprana edad.



Cinco minutos

Dedicado a mi sargento
Libio José Martínez Estrada,
secuestrado por las FARC-EP
en la toma del cerro de Patascoy,
el 21 de diciembre de 1997,
y asesinado en cautiverio,
el 26 de noviembre de 2011.
Luis Alberto Castro Ascuntar

Reflexioné sobre el tiempo. El tiempo está en todo: en la vida, porque tiene su tiempo; en la muerte, porque llegó a su tiempo; en la naturaleza; en lo que construye el hombre y lo que destruye. Todo está dentro del tiempo. Y dentro de ese tiempo están los segundos, los minutos, las horas...¿Y cuánto significan esos segundos, minutos, horas para una persona que tiene poco tiempo de vida? ¿Cuánto significa ese tiempo para alguien que está en el corredor de la muerte y condenado a la misma? ¿O qué significan esos segundos, minutos, horas para una persona que está en la cárcel y le faltan muchos años para ser libre?

Me hice esta pregunta: ¿qué significó el tiempo en mi secuestro, esos segundos, minutos y horas? La verdad, no me importaba, tal vez porque estaba perdiendo la esperanza. La claridad era el día y la oscuridad era la noche. El tiempo no valía y a él no me aferré, ni al tiempo futuro, porque era un camino pedregoso e incierto.

Y justo en ese momento vino a mí un instante de los últimos días de mi secuestro, de aquel comandante guerrillero, nuestro carcelero, un personaje gordo,

desgarbado, con su pelo desordenado y su bigote desalineado, cuando se levantó de su cambuche y con su paso afanado y seguro se dirigió a nosotros, algo tenía en sus ojos, sabía que algo importante nos diría y en voz alta nos dijo: «serán liberados, tengo la lista, no todos se van, algunos se quedan».

Quedé paralizado. No podía razonar. Él regresó a su cambuche, tomó unas hojas y un lapicero que sacó de una caja nueva, regresó a nosotros y se las entregó a mi sargento Martínez y le dijo: «Tiene cinco minutos para escribir una carta, porque usted se queda».

Qué irónica y cruel es la vida. Un lapicero nuevo, diez hojas y cinco minutos. Hay mucho que contar, pero poco es el tiempo ¿Qué se puede escribir en cinco minutos? ¿Cómo resumir mil doscientos setenta y seis días en cinco minutos? Se desgarró mi alma y se partió mi corazón en cinco minutos. Con su mano temblorosa me entregó su carta: «Aquí está mi tesoro», me dijo, «dásela a mi familia». Perfeccioné su doblez y, mientras, pude mirar entre líneas que comenzaba con un «te quiero». Me estremeció el grito del impío diciendo «No hay tiempo, sargento Martínez». Luego le colocó la soga al cuello y a los hombros. Sentí que algo se desprendía de mí, como si el letargo de la selva quedara con mi sargento Martínez y se lo tragara, y sobrevino ese terrible presentimiento que años más tarde se cumplió: el de nunca más volver a mirarlo.



El lento cambio de nuestro rostro

Stefanny Pérez Carmona

Hoy es un día melancólico, el sol se ha ocultado detrás de aquellas bolas de algodón en el cielo, que dejan de ser pedazos hermosos de algodón, aquellos suaves y blancos de siempre, para tornarse de un oscuro gris.

Dejo de observar el cielo por un momento, me alejo de aquella ventana donde me encontraba y me dispongo a caminar muy lentamente hacia mi habitación, pensando en los días alegres y tristes que han transcurrido a lo largo de mi vida, me desanimo un poco, pues hoy es el día de aniversario de la muerte de mi padre, y los días sin él son una completa tortura.

Llego a mi habitación, voy directo al armario, lo abro y busco entre toda esa cantidad de tela algo con qué contrarrestar este frío, esta soledad que me embarga desde aquel trágico día, saco un abrigo y unas medias sedosas, me las pongo con delicadeza, después me dirijo hacia

la cama, un poco desordenada, remuevo toda la lana encima de ella y muy lentamente me sumerjo dentro, me acobijo, me soplo las manos y las froto para entrar en calor, tomo aire y pongo mi mirada fija en la taza de café de al lado y comienzo a pensar en cómo mi madre lo preparó con tanto amor para mí, lo cojo y lo llevo a mi boca y sorbo despacio, sin prisas... Nada, absolutamente nada cambió este frío de mi alma, esta soledad en la cual he vivido por tan largos días y noches.

Dirijo mi mirada hacia la pared y centro mi vista en una imagen donde estoy con mi padre, estamos en mi segundo cumpleaños, todo está perfecto para ese día: yo, tan sólo una pequeña y frágil niña, esperando cuándo llegaría el momento de destapar los regalos; mi padre, con una camisa blanca elegante para la ocasión, con su mano levantada arrojándome aleluyas en la cabeza por mi celebración; yo, con un hermoso vestido blanco y sombrero en combinación, mi perfecta y ondulada melena rubia hasta los hombros; los dos sonriendo, juntos por ese bello sentimiento de padre e hija.

De las glándulas de mis ojos comienza a brotar una pequeña e indefensa gota de agua, poco a poco se va deslizado por mi faz, me pregunto qué serán aquellas cosas transparentes que caen sobre mi taza de café y mi regazo, ¿lágrimas?, me pregunto. No quería llorar al recordar aquellos solo dos años que pasé junto a él, de ver aquella última fotografía que tuvimos, pero simplemente pasó, comenzaron a brotar desde lo más profundo de mi corazón; necesitaba hacerlo para calmar un poco esta alma en pena, esta alma que ha estado sufriendo cada microsegundo desde que él no está...

Siento ira y un dolor inimaginable, que no se lo deseo a nadie, al ver a padres sonriendo con sus hijas en los parques, jugando y creando recuerdos inolvidables. Siento ira al recordar que mi padre se convirtió en burla

y entretenimiento para unos seres despreciables, solo por el cambio que querían de un ser miserable.

Sí, siento ira, me arrebataron todo, un tiro en la cabeza porque ya no les era útil a los de la alta clase. Mi hermano, con cáncer, agonizó y murió pidiendo la liberación de nuestro padre, no importaron las suplicas de aquel corazón tan grande. Mis abuelos, que en paz descansan, murieron de pena por aquel horrible desenlace.

Quién puede describir la sensación y el impacto de verlo en aquel entonces, yaciente en ese asqueroso ataúd, mis gritos y desgarros en llanto que me apartaron de ese desagradable escenario, de miles de personas rondando y hablando hasta el lugar donde iba a ser enterrado, de soldados vigilando en el cementerio. Luego, la gente corriendo y gritando; de mi estampida contra las lápidas para evitar algún suceso, de mi familia preocupada por un posible secuestro.

Ahora solo resta mirar la foto y darme cuenta de que me quedé viviendo en el recuerdo de la posibilidad de lo que hubiera pasado si... si tan solo no lo hubieran entregado los del pueblo, si no le hubiera tocado atravesar desde el corregimiento de Santa Cecilia, Pueblo Rico, Risaralda, por el monte hasta su lecho.

De mirar nuestra última foto, dos personas disfrutando el momento, pasé de amar nuestros recuerdos a odiar y a llorar por las fotos que entregaban para mostrar pruebas de su sufrimiento en cautiverio, por las noticias polémicas, veinte años después de aquel suceso, por ver el lento cambio de nuestro rostro: él, muerto; y yo, muerta en vida, en este sufrimiento.



La manada sorprendida

Wylliam Patricio Laiton Laiton

Una manada de micos solía venir hacernos la visita, una y otra vez pasaban, se quedaban atónitos mirando hacia abajo desde las ramas de aquellos grandes árboles. De árbol en árbol, de rama en rama, se balanceaban, de salto en salto se acercaban al sitio que nos acobijaba como hogar, como casa, todos los días.

A lo alto vimos cómo una gran cantidad de animales medianos de color marrón oscuro, cabeza casi redonda, orejas pequeñas y ojos saltones, nos miraban con extrañeza y detenimiento, ponían la mirada sobre nosotros. Empezamos a escuchar voces, susurraban entre ellos, cada vez más vociferaban con intensidad. Unos decían: «¡Miren qué tenemos allá abajo!, ¡ya se dieron cuenta lo que hemos encontrado, amigos!», «¡Son humanos!», respondió otro. Uno de los mayores de la manada les invitó a hacer silencio por un momento. Hubo silencio, quie-

tud y, como si algo hubiera congelado el tiempo, todos quedaron pávidos, sumergidos en la paz que se respira en la selva, despojados de cualquier acción salvaje. Después de algunos minutos, el más viejo de la manada rompió aquel extraño silencio: «¿Han visto tales cosas entre nosotros?» preguntó.

Entre ellos se decían lo mismo: «¡No, señor, nunca! Es por primera vez que vemos humanos enjaulados, sin camisa, descalzos, con lazos atados al cuello, viviendo como ganado, eso es horrible», manifestaron.

«Estos humanos parecen mucho cuando nos cazan, cuando nos llevan fuera de nuestros hogares y nos ponen como sus mascotas, nos amarran, nos privan de la libertad y nos hacen sufrir», se decían entre los mayores.

El líder de todos los micos pidió la palabra y se dirigió a ellos después de escuchar las opiniones de unos y otros.

«Hemos visto que no solamente a los animales salvajes del universo se nos encierra, se nos coarta de ser libres, se nos amarra y se nos causa sufrimiento. También ellos, entre sí, son causantes del dolor, la libertad no tiene precio. Lo último que podemos perder es la vida, pero esa vida es la misma libertad que nos da la oportunidad de ser nosotros mismos».

«Aquí todos hemos disfrutado de la Naturaleza, de nuestros árboles y el deleite de sus frutos para alimentarnos, hemos disfrutado de todo lo que nos rodea; sin embargo, es triste y doloroso cuando al igual que a los humanos que hoy estamos viendo se nos encierra para siempre».

«Nuestro propósito es no abandonar a nadie del grupo, nuestra manada debe estar siempre unida, que cada uno cuide de sí y de los demás, somos una familia y, como tal, es la responsabilidad de cada uno desde el más joven hasta el más viejo, como yo».

Una vez terminó de hablar el líder, todos asintieron

con su cabeza en señal de acuerdo. Lloraron la suerte de los humanos, reflexionaron sus tristezas, su soledad, la desesperanza y, ante todo, sentir una muerte en vida.

El más pequeño de todos les dijo: «Eso es como perder para siempre nuestros árboles, no podremos vivir en las ramas, saltar y saltar para ir a otro lugar».

«Nosotros somos de la selva y vivimos en la selva, a esas criaturas humanas no les corresponden vivir aquí; más allá de las circunstancias, nuestro deseo es que retornen a su libertad».

Moraleja: la libertad de un ser vivo va más allá que la misma vida. No hay vida sin libertad.

